

María Zambrano

# Claros del bosque

Introducción de Joaquín Verdú de Gregorio



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo D.<sup>a</sup> Mercedes Gómez Blesa en el Tomo I del Vol. IV de las OO. CC. de María Zambrano, 2018.

Primera edición: 2019  
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Lucía M. Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fundación María Zambrano, 2018  
© de la introducción: Joaquín Verdú de Gregorio, 2019  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9181-386-6  
Depósito legal: M. 284-2019  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## 9 Introducción, por Joaquín Verdú de Gregorio

### Claros del bosque

- 25 I
- 27 1. Claros del bosque
- 37 II. El despertar
- 39 1. La preexistencia del amor
- 57 III. Pasos
- 59 1. Método
- 61 2. Las operaciones de la lógica
- 71 IV. El vacío y el centro
- 73 1. La visión – La llama
- 75 2. El vacío y la belleza
- 77 3. El abismarse de la belleza
- 79 4. El centro – La angustia
- 83 5. El centro y el punto privilegiado
- 85 V
- 87 1. La metáfora del corazón
- 105 VI. Palabras
- 107 1. Antes de que se profiriesen las palabras
- 111 2. La palabra del bosque
- 113 3. La palabra perdida
- 115 4. La palabra que se guarda
- 117 5. Lo escrito

121	6. El anuncio
125	7. El concierto
129	8. Sólo la palabra
133	VII. Signos
135	1. Signos, semillas
137	2. Los signos naturales
139	3. La adoración de la luna – La cicuta
143	4. La medusa
147	5. Los ojos de la noche
149	6. La unidad y la imagen
151	7. El punto
155	8. La meta
157	9. El punto oscuro y la cruz
159	VIII. La entrega indescifrable
161	1. La entrega indescifrable
167	IX.
169	1. Los cielos
177	Apéndice. El espejo de Atenea

# Introducción

*Entremos más adentro en la espesura...* Este verso del «Cántico espiritual» de San Juan de la Cruz pudiera reflejar el iniciático contenido de las palabras de María Zambrano que, desde su exilio en el Jura francés, integra hondamente en su personal *canto*: *Claros del bosque...*, contemplando la arboleda que rodeaba su mansión y en compañía de la hermana cuya vida comenzaba a declinar.

El caminar de la pensadora ha supuesto un adentrarse en la vida, rememorando cada una de sus etapas desde su nacimiento en Vélez, Málaga. El primer recuerdo es el del padre acercándola pausadamente hacia la rama de un limonero, donde percibe el aleteo en el aire y el color del fruto, tan presente en la poesía de Antonio Machado, y ello le muestra ese primer sentir ante la presencia del universo. Sentir que insinúa uno de los puntos centrales de su pensamiento, un sentir originario muy anterior al

mundo de la razón. En él fluye ese aventurarse hacia lo que Luis Cernuda denomina *olvido*, tiempo anterior a la conciencia de su transcurrir.

Emerge así el universo de lo sagrado, del mito, del cuento maravilloso, de una realidad primera aún sin descifrar. Mas en esta fase primigenia el hombre no se ha desprendido de su sueño originario, al que acude sintiendo nostalgia de una etapa lejana, cual un paraíso perdido que desea vislumbrar. Hablamos de ese preconsciente de lo humano antes de la percepción del pasar del tiempo, antes de la aparición de Cronos, su destructor.

A medida que uno avanza en la vida va dándose cuenta –enuncia Emil Cioran– de que no se trata de un aprendizaje, sino de un retroceso en la memoria. Es como si imitáramos un mundo en que ya vivimos una vez. No ganamos nada, sino que recobramos la identidad con nosotros mismos en una evolución invertida. Así surge la sospecha de una vida precedente al accidente de la individuación. Nuestro ser imita una visión primordial. Y así la visión de la infancia para los poetas es como un tiempo preservado en el que niños y animales ven probablemente todo un mundo de seres inofensivos que escapan a la observación de las personas mayores.

Todo esto pudiera ser integrado en el pensamiento zambraniano como una parte, pues que la pensadora amplía su pensamiento a todos los fenómenos del cosmos, el movimiento de las constelaciones, las huellas sobre la piedra, recordándonos también al Adán de las cavernas de Teilhard de Chardín, o los movimientos de los mares, resaltando las primeras aguas como portadoras de la divinidad. Sin olvidar el renacer del fuego como elemento

esencial de la evolución, esa ruptura entre lo crudo y lo cocido y su imagen metafórica del amor, la pasión y la belleza. Ese universo en el que irán apareciendo los cuatro elementos: agua, aire, tierra y fuego, como primeros fundamentos del saber filosófico. Entonces todavía filosofía y poesía convivían, pues que la ruptura producida con ese tiempo primordial implica la nostalgia de una edad de oro, cual una pérdida de la inocencia y el inicio de una edad de las desdichas. Si Heidegger nos habla de un *olvido del Ser*, Zambrano nos *canta* un *olvido del Sentir*.

Para la pensadora, la concepción de la realidad integra al sueño como elemento constitutivo y, más aún, despertar es ir hacia el sueño y descifrarlo. Pues, a imagen de Jung, el universo inconsciente no es sólo personal sino también colectivo, y en él quedan integrados todos los periodos de la humanidad no como imágenes sino como lo que él denomina arquetipos, posibilidades de representación de ese universo subyacente de la humanidad. María los llama históricos, pues el hombre vive, a su vez, una historia.

Mas el sueño ha de ser despertado a la vigilia, al tiempo que actúa como mediador, y, así, en los diversos despertares, el hombre irá desvelando su ser trascendiéndolo. Y el ser le será revelado en esa continua trascendencia hacia la más honda que será la palabra, centro esencial de *Claros del bosque*.

La palabra originaria, la palabra perdida, no es sólo la palabra expresada sino también el gesto, el balbuceo, la mirada, que ha sido considerada por Wittgenstein como el cuerpo del alma, y es ésta la que se refleja en lo más

hondo de este pensamiento. Mas la palabra queda alejada de los ríos del lenguaje, rompe la convención meramente social o la técnica que actualmente nos avasalla. La palabra no es concepto sino concepción, cercana y abierta a las sugerencias del universo poético. La palabra expresada que se da planetariamente y quizá algún astro recoja. La palabra perdida y a la par sentida y hallada o que se escapa, se disipa, no llega a formularse porque lo humano no está acabando, está siempre empezando.

María profundiza en aquellos universos míticos y filosóficos que hayan podido sustentar el universo que ella nos revela. Es allá, en los primeros presocráticos, donde se vislumbraba la posibilidad de centrar el pensamiento en la idea-*apeiron*, cuando empieza a levantarse esa frontera en la que fluye por un lado el *logos* como palabra explícita que razona y busca, dejando al otro margen el *logos* del número de la armonía pitagórica, ofreciendo como método el de la vida como sendero de sabiduría. El conflicto entre estas dos formas metódicas aparece ya explícitamente en Platón: pitagorismo y deber filosófico.

Aristóteles desplaza el número a la palabra, llevando esta última a una identidad que es heredera de Parménides. Y las cosas –inteligencia encarnada– han de ser unas, suponen una identidad, pero que ha de buscarse en un lugar fuera de ellas, una identidad pura, verdadera, de donde provienen y en donde siguen en cierto modo sustentándose. Y una vez que se les asegure el ser, ese ser más puro ha de ser sustraído. Para Aristóteles, sólo si el Ser es *logos*, palabra, pensamiento y razón, puede existir la filosofía. Es *lo otro* lo que se oscurece en base a tal pragma-



tismo y a una mejor adaptación al mundo que a la vez condena a los pitagóricos.

Mas el sentir originario, el tiempo primario, es el número, y así el pitagorismo queda fuera como *lo otro*, y con él la armonía, el ritmo, la danza, el instante o la metamorfosis. Su dios es temporal, y ello implica la más alta, celeste y universal sabiduría filosófica. Con el aristotelismo, el habitante de los astros y su alma interplanetaria semejan quedar en el ocaso. El alma quedará en el olvido hasta ser renacida en la psicología de Jung y en esa su recuperación esencial en la obra de la pensadora española. Sin olvidar el universo de la poesía, donde el alma nunca se oculta del todo y, anteriormente, las culturas caldea y egipcia, así como la adoración iraní hacia la luz y el tiempo infinito. En resumen, el pensamiento oriental, sobre todo el sufismo, tan presente en al-Ándalus y la mística hispana. De forma que, para María Zambrano, ir hacia el inicio sería cual una regresión originaria que nos traspone a los antecedentes de la individuación..., a las existencias anteriores. Los orientales comprendieron el alma. Comprendieron el terror y lo sobrepasaron. Nos precedieron y nos sucederán. Y ello resurge en el pensamiento de Zambrano.

Fluyen las versiones del espacio como lugar del ser y que lleva consigo la salida hacia la luz: recuérdese a Don Quijote. Pues que el hombre se siente solo y así debió sentirse en la caverna según la alegoría de Platón. Salir de la caverna hacia el espacio sería salir a la luz. Mas el reflejo del sentir del tiempo es nocturno y abismal, y la luz es el hallazgo de la palabra por el poeta que en tiempos modernos, idos los dioses y encadenado en la estruc-

tura mecánica, siente las notas –quizás solo él pueda escucharlas– musicales que le hacen accesibles *esas pocas palabras verdaderas*.

La soledad ya no es sentida como culpa; quizá se aproxime más al remordimiento, pues cada vez que el hombre siente la distancia frente al universo este sentir es una soledad insoportable que le lleva a retroceder y abrazarse a lo que acaba de dejar. El alma griega, cuando comienza a sentirse separada del Cosmos, acudía a los misterios de Eleusis y al culto a Dionisos buscando una reconciliación y esperando liberarse de sus dolores en la alegría de quien encuentra sus orígenes. El devenir entero no es sino un suspiro cósmico.

A la par, el orfismo nos hace sentir el viaje a los infiernos tras las huellas del amor, un viaje esencial hacia el interior y en el que sólo la música nos acompaña. Y ello nos confirma que nacemos en las aguas del amor y nuestra existencia es una búsqueda del ser escondido: *Je est un autre*, recordando a Rimbaud. Hacia el amor, sinfonía que es un movimiento que va desde fuera hacia dentro, pues que la existencia es ser arrojado fuera y nacemos en las aguas del amor, algo preexistente y quizás anterior al conocimiento. Y los despertares del sueño creador, si trascendieran hacia el ser, a la palabra, serían como una reiteración del nacer, chispas de luz, un encontrarse con el amor y, sin salir de él, llegar a la verdad misma.

El carácter mítico y pensante se acerca a la mística; el ser que se trasciende más allá de su libertad camina hacia el amor como centro que abre en la realidad senderos insospechados y desconocidos, centros del ser. Quien espera se sitúa en el abismo y escuchará sus notas –como

las espera Antígona entre las piedras blancas– y quizás verá aproximarse su luz. Mas ese abismo lo que irá desvelando es el corazón –de nuevo rescatado, el corazón como razón poética– y esa palabra habitada por él, mas no queda, sino que semeja emprender un vuelo –*¡Que voy de vuelo!*, exclama el «Cántico»– y nos deja un vacío, una ausencia, y el que así lo ha percibido irá tras aquel sentir que aún no conoce.

Aquella luz irá germinando desde el interior, lo que era oculto, hacia un abierto despertar del ser. Más allá de la razón se halla ese centro del ser, centro donde el amor entra manifiestamente. Y «emerger o hacerse presente lo que estaba semioculto en la arena, humedad –siempre la presencia de agua– que trasciende el amor en llama –“la llama que consume y no da pena” del místico–. El ser que fluye como manantial, que el amor hace manar del olvido, pero se encuentra buscando y se fija en la roca que lo invita al reposo».

Aunque todavía es de noche, puede surgir un espejismo tentador y el poseído por él quedará a la espera de una señal, de una palabra que le lleve adonde no puede llevarlo, pues que los senderos y los abismos del amor serpentean la nada. Mas el amor no muere, y Cernuda añadía, *morimos nosotros mismos*. Así mismo piensa la filósofa: es como el mar que conduce el amor en el oleaje hasta abrazar la roca, así el agua nos transporta hasta esos claros del bosque, más allá en el tiempo donde despierta esa música que se desliza en nuestro interior como el murmullo de un manantial. Nada previsible, más allá de todo suceso y de toda temporalidad: «Un instante de experiencia preciosa de la preexistencia del amor».

Desde una ceguera inicial han ido emergiendo los ojos y la mirada contemplativa, una quietud en la que brota la vida intacta para el que la ha desandado hacia el origen y, con ello, ha ido lavando sus ojos, que ahora se abren a esa unidad perfecta que ha trazado en su vuelo el ave del amor.

José Ángel Valente considera el centro de *Claros del bosque* como *un sentir iluminante*, un saber del corazón y la quietud. Quietud que no es inmóvil. Todo ello es ajeno a un método u organización del pensar. Es cual una iluminación que exige una pasividad del entendimiento y una aceptación de la inmediatez del conocimiento. Instante que sin buscarlo se presenta y a la par se refleja como lugar poético de reconciliación del Ser y la palabra.

Y retornamos a ese hallazgo del Ser y de la palabra, esa ante-palabra naciente –frente a la corrupción del lenguaje y la cautividad del concepto–, antes de su significación, matriz de todas las significaciones. *En el principio era el Verbo*, exclama un hermoso texto de amor, el Evangelio de Juan. Y Gershom Scholem alega en su libro *La cábala y su simbolismo* que debe ser absoluta; o, en otros términos, que la palabra absoluta no tiene significación en ella misma, pero está encinta de significación. Quizá pudiéramos recordar el aforismo de Fray Luis de León: «Para que las palabras y las cosas fueran conformes».

Para Chantal Maillard, los claros del bosque, más que lugar de visión, son lugar de *escucha*, donde la razón llega agotada por la insistencia de preguntas, pues que la filosofía surge cuando el ser comienza a preguntarse sobre las cosas y sobre sí mismo. Y tras el largo caminar por el bosque de la existencia, la razón se entrega rendida.

Y aparece una cierta relación con el *Lichtung* de Heidegger, sustantivo que remite al verbo *lichten* –aligerar–. *Etwas lichten* significa aligerar algo, hacerlo abierto y libre; por ejemplo, despejar un lugar del bosque. El espacio libre que aparece en el bosque es el *Lichtung*. Y *Licht* es la luz que presupone el claro, lo abierto, y puede visitarlo y hacer jugar en él lo luminoso y lo oscuro. Mas el claro, lo abierto, no está sólo abierto para la luz y la sombra, sino también para la voz y para todo lo que suena y resuena. Claro es aquel lugar vacío donde el hombre logra descubrir, en efímeros instantes, ese juego de imágenes haciendo y deshaciendo la realidad y donde, acallando los rituales de la existencia, puede escuchar «la palabra callada».

El hombre, en este espacio vacío, va rompiendo sus ataduras de «personaje» convencional, ahistórico y social para ir integrándose en la «persona» a la que ha trascendido en sus sucesivos despertares, y ello le lleva a dejar de ser alguien en pos de «desentificarse». Un nacer de nuevo y despojarse del hombre viejo. Y reconocerse en «el poeta [que] se mantiene como vacío, en disponibilidad siempre. Su alma viene a parecer un ancho espacio abierto, desierto. Porque hay presencias que no pueden descender y posarse en lo que está poblado por otras».

Baudelaire, en su poema sobre las correspondencias –*les parfums, les couleurs et les sons se répondent*–, refleja aquella comunicación que a través de los sentidos se establecía con el universo circundante, pues que a cada sollicitación de uno de ellos –recordemos el sabor de la madalena en Proust o el escuchar la sonata de Vinteuil–

acuden los demás, pero uno de ellos sobresale en su respuesta. Walter Benjamin integra esta etapa primigenia, y para nuestra pensadora son el oído/el escuchar y la vista/la visión los que mayor presencia adquieren. Esencial en este caso para Zambrano será la música, tan unida a lo pitagórico, a las sonoridades de la naturaleza, tanto que incluso diremos que sostiene la estructura de este libro.

Las fronteras entre filosofía y literatura se diluyen. *Incipit vita nova* es el lema de esta Vida Nueva abierta a la contemplación de la belleza, en el caso de Dante de la belleza de Beatriz, uno de los motivos esenciales del *canto* y camino de la *Divina Comedia*, de los viajes a esos centros, infierno y purgatorio, que sólo puede realizar junto al poeta, Virgilio. Y al paraíso junto al amor, Beatriz.

*¡Yo, Sancho, nací para vivir muriendo!* El nacer es cuestión de un instante, pero la vida ha de ser vivida hasta sus raíces, hasta el morir, ahondando en cada una de sus etapas, y el gerundio no expresa la muerte, sino ese morir en la búsqueda del Amor, un morir que es trascender, hasta la trascendencia final. Quizás unos versos de Antonio Machado pudieran resumir todo lo expuesto:

Si un grano del pensar arder pudiera  
No en el amante, en el amor, sería  
La más honda verdad lo que se viera.

Joaquín Verdú de Gregorio

Claros del bosque





*En memoria de Araceli*



Quiero manifestar una vez más mi gratitud a la Fundación Fina Gómez –Caracas, París, Ginebra– por su constante colaboración en la posibilidad de este mi escribir.

M. Z.



I